FRANCISCO VARO

La Biblia para Hipsters

LAS CLAVES PARA ENTENDER EL MAYOR BESTSELLER DE TODOS LOS TIEMPOS

Planeta

Francisco Varo

La Biblia para hipsters

Las claves para entender el mayor bestseller de todos los tiempos

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco Varo Pineda, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2015
Depósito legal: B. 25.405-2015
ISBN: 978-84-08-14752-7
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Introducción *9*

Parte I. Cosmos y ser humano: guía del usuario *23*

Capítulo 1. Coordenadas de espacio y tiempo 25

Capítulo 2. Planeta verde y azul 39

Capítulo 3. El enigma del mal 53

Capítulo 4. Los pioneros de la esperanza 72

Capítulo 5. En busca de la libertad 88

Capítulo 6. La travesía del desierto 98

Parte II. Tribus y reyes, poetas, sabios y profetas *109*

Capítulo 7. Memoria histórica e identidad 111

Capítulo 8. Panderos y danzas, laúdes y flautas 135

Capítulo 9. La sabiduría popular 156

Capítulo 10. Oráculos proféticos 165

Parte III. El pórtico de la gloria *187*

Capítulo 11. Jesús y los orígenes cristianos 189

Capítulo 12. Un Evangelio para judíos 207

Capítulo 13. Un Evangelio para romanos 216

Capítulo 14. El Evangelio de la misericordia 225

Capítulo 15. El Evangelio de los signos 234

Capítulo 16. Los primeros pasos del cristianismo 243

Capítulo 17. Las cartas de los primeros cristianos 251

Capítulo 18. Un cielo nuevo y una tierra nueva 270

Guía del contenido 277

Epílogo. ¿Qué es la Biblia? 283

Capítulo 1
Coordenadas de espacio y tiempo

En este capítulo…

— Dos grandes películas de ciencia ficción, *2001: una odisea en el espacio* (Stanley Kubrick, 1968) e *Interstellar* (Christopher Nolan, 2014), afrontan, desde distintas perspectivas, uno de los grandes retos de la ciencia, que es el conocimiento del cosmos y de las leyes que lo rigen. La magnitud de sus dimensiones y la complejidad de esas leyes atraen el interés de los investigadores, excitan la imaginación creativa y plantean preguntas de incierta respuesta a los filósofos.

— Los sabios del Antiguo Egipto y de Babilonia ya se habían interrogado acerca de cómo se formó el mundo en que habitaban, y propusieron unas respuestas muy creativas usando el lenguaje de los mitos. Sus propuestas, de un estilo muy distinto al de las ciencias experimentales, siguen siendo interesantes.

— Los primeros pasajes de la Biblia también ofrecen una respuesta sugerente a estas cuestiones universales. Emplean el lenguaje mítico, pero desde otras perspectivas vitales. En este capítulo nos interesaremos por el contenido de esas páginas, porque también hoy tienen algo que aportar.

Viajando por los «agujeros de gusano» y los «agujeros negros»

La humanidad está a punto de extinguirse porque el planeta Tierra se ha quedado sin recursos naturales. Una gran plaga se ha extendido sobre los cultivos. El ecosistema está tan deteriorado que apenas quedan tierras cultivables. Terribles tormentas de arena son cada vez más frecuentes y angustiosas. Así comienza *Interstellar* (2014), una grandiosa producción dirigida por Christopher Nolan, que contó para todas las cuestiones científicas con el asesoramiento de Kip Thorne, uno de los principales expertos mundiales en las aplicaciones de la teoría de la relatividad general de Albert Einstein a la astrofísica.

El drama se plantea con crudeza desde las primeras escenas. Ante la amenaza que se cierne sobre la Tierra, la última esperanza de la humanidad para sobrevivir sería encontrar un planeta habitable. Un grupo de astronautas afronta una misión arriesgada en busca de un hogar alternativo en el cosmos.

La propuesta es audaz, pero no descabellada. El diario *El Mundo* publicaba ese mismo año una entrevista en la que el físico Stephen Hawking declaraba que «la exploración del espacio es vital porque en el futuro podría evitar la desaparición de la humanidad, gracias a la colonización de otros planetas».

En realidad, según los expertos, el número de planetas que hay en el universo es tan grande que no parece imposible encontrar una alternativa a la Tierra. Basta tener en cuenta que sólo en nuestra galaxia, la Vía Láctea, hay entre 200.000 y 400.000 millones de estrellas, y que la mayor parte de ellas tiene su propio sistema planetario. Además, como lo está ratificando en los últimos años el telescopio espacial Kepler, el número total de planetas es aún mayor que el de estrellas. Además, la Vía Láctea es una sola galaxia, y actualmente las galaxias observables son más de 100.000 millones.

La búsqueda planteada en la ficción de *Interstellar* llama la atención sobre las inmensas dimensiones del cosmos, no sólo por su extensión, sino también por las fabulosas distancias entre unas estrellas y otras, que son insalvables si se piensa en viajes interestelares. No son exageraciones del guion, sino datos reales.

A la velocidad actual del Voyager 1, que es la sonda que más lejos ha llegado hasta el momento en un viaje por el espacio, fuera incluso del sistema solar, se tardarían centenares de siglos para llegar a Alfa Centauri, el sistema estelar más cercano a la Tierra.

Para salvar ese problema, el filme de Christopher Nolan, cuyo guion pretende ser respetuoso con lo que actualmente se piensa en el mundo científico, hace que los astronautas utilicen un «agujero de gusano», una especie de atajo cósmico que teóricamente podría existir, según la teoría de la relatividad de Einstein, aunque actualmente no hay ninguna evidencia experimental que haya demostrado la existencia de ninguno.

A la vez, el guion plantea que el tiempo no corre a la misma velocidad para los que forman parte de esa misión espacial que para los que viven en la Tierra, y esto como consecuencia de la distinta gravedad existente entre los lugares por los que viajan y la de nuestro planeta. En uno de los planetas que exploran, una hora sobre su superficie equivale a siete años en la Tierra. También aquí

se apoyan en un principio teórico de Albert Einstein, según el cual la medida del tiempo es relativa, y uno de los factores que le afecta es el campo gravitatorio donde se realiza la medición. Hoy se sabe, por ejemplo, que el tiempo a 20.000 kilómetros de altura transcurre cuarenta microsegundos (0,00004 segundos) más rápido por día que en la superficie terrestre. De hecho, ésa es la zona por la que discurren los satélites del GPS, y esa diferencia se ha de tener en cuenta para que el sistema de posicionamiento global funcione correctamente.

En el transcurso de la película, los astronautas se aproximan mucho a un «agujero negro», esto es, una región del espacio en cuyo interior existe una concentración de masa lo suficientemente elevada como para generar un campo gravitatorio tal que ninguna partícula material, ni siquiera la luz, puede escapar de ella. Podríamos decir que es como un gran sumidero espacial, que lo absorbe todo. Cuando los astronautas de la película se acercan, son sometidos a tan intensa atracción que el tiempo se dilata mucho con respecto al que transcurre para sus seres queridos aquí en la Tierra. Esta escena es particularmente interesante desde el punto de vista científico, ya que *Interstellar* es la primera película que recrea el modo en que se vería un agujero negro de acuerdo con las leyes físicas: alrededor de la oscuridad, la luz de las estrellas se curva debido al espacio deformado y en constante rotación, por lo que el observador percibe el paisaje como si lo viera a través de una lente distorsionada.

Tras adentrarse en el «agujero negro», el astronauta de *Interstellar* —en la escena más inverosímil de toda la película— penetra en una quinta dimensión que le permite ir hacia adelante y hacia atrás en el tiempo, como en un pasillo por el que se puede avanzar o retroceder, lo que implica poder intervenir para cambiar los acontecimientos del ayer o del mañana.

Un monolito negro enterrado en la Luna

Los espectadores de *Interstellar* que no somos tan jóvenes tal vez recordásemos al verla otra película que nos había llevado al cine llenos de ilusión cuando todavía hacíamos el bachillerato y que al principio —si uno esperaba mucha acción— nos había decepcionado un poco. Me refiero a *2001: una odisea en el espacio* (1968), dirigida por Stanley Kubrick. Incluso algunos elementos del guion de *Interstellar* parecen un homenaje a aquel gran clásico de la ciencia

ficción. Ese «agujero de gusano» cercano a Saturno que los astronautas usan como atajo para entrar en unas regiones del espacio sumamente lejanas, casi en otro mundo, evoca sin duda el famoso monolito de aquella otra película que tenía pretensiones no sólo de ofrecer un gran espectáculo visual y sonoro, sino también una sólida reflexión intelectual. En *Interstellar* se cuida especialmente lo relativo a la física, pero en la película de Kubrick, el aspecto filosófico era el que tenía más protagonismo, y el que generaba más desconcierto entre los espectadores que no éramos expertos.

2001: una odisea en el espacio comenzaba de un modo desconcertante: en las planicies de África hace varios millones de años, un clan de primates intenta sobrevivir comiendo los pocos hierbajos que pueden encontrar en el desolado paisaje, y que han de compartir con una manada de tapires que habita la misma zona. Para beber deben acercarse a un charco, que un clan rival les arrebata. Padecen hambre y miedo, y parecen condenados a una segura extinción. Aunque muy distinto pictóricamente, el problema del comienzo es el mismo que se plantea en *Interstellar*.

De pronto, la imagen se recrea en un monolito, negro y liso, enigmático. Los primates al principio se sorprenden, pero luego se acostumbran a vivir como si no existiera. Sin embargo, actúa sobre ellos. Poco después de la aparición del monolito, vemos a uno de los monos contemplando el esqueleto de un animal. Parece observar algo nuevo en aquellos huesos, en lo que nunca había reparado: pueden ser *usados*. Toma el más robusto de los huesos y comienza a golpear el esqueleto. Acaba de descubrir la primera herramienta de la historia. Los primates ya no son homínidos indefensos, sino seres humanos armados. El monolito les ha hecho dar un salto evolutivo que los ayudará no sólo a sobrevivir en ese momento, sino a multiplicarse hasta imponer su dominio sobre toda la Tierra.

Cuando uno de los simios consigue matar a su presa con un hueso, lo arroja a lo alto, como en un éxtasis, y ese hueso seguido por la cámara se transforma en una nave espacial que navega por el cosmos mientras suena de fondo el vals «El Danubio azul» de Johann Strauss.

La acción se trasladaba así al año 1999 —que entonces era el futuro—. El ser humano está colonizando la Luna. Los astronautas norteamericanos descubren allí un campo magnético extraño y al excavar para averiguar la causa de ese fenómeno descubren un monolito negro enterrado bajo la superficie lunar. Un funcionario de la Agencia Espacial se desplaza en una de esas naves para estu-

diar el hallazgo. Cuando la luz solar incide en el monolito, la losa negra emite una fortísima señal de radio. Los astronautas no saben qué sucede, pero sí que la señal del monolito estaba dirigida exactamente hacia Júpiter. Por lo tanto, deciden preparar una costosa expedición al gigante gaseoso. La nave Discovery empieza un viaje que durará años para descubrir qué hay allí y quién es el destinatario de la extraña señal de radio. Eso es lo que los creadores del monolito querían que los humanos hicieran: que se acercasen a Júpiter. El monolito no sólo es una alarma, sino también un señuelo.

Al cabo de dieciocho meses se dirige hacia ese planeta una nave tripulada por cinco astronautas, tres de ellos en hibernación, con un ordenador a bordo —HAL 9000— dotado de una gran inteligencia, emociones y sentimientos artificiales. Pero HAL 9000, que está programado para conducir con éxito la misión, se encuentra ante el dilema de tomar una decisión comprometida. HAL cree que decida lo que decida la misión estará en peligro, y esto le hace perder el control de sí mismo. Se vuelve neurótico, lo que lo hace mucho más humano. Comete varios errores que lo humillan y, para encubrirlos, asesina a toda la tripulación excepto al capitán Dave Bowman, que, después de un paseo espacial en una cápsula unipersonal, logra regresar a la nave y desconectar una tras otra las funciones del ordenador, desoyendo sus lastimeras peticiones de «empezar otra vez su relación desde cero».

Ya completamente solo, el capitán Bowman localiza un monolito negro flotando en la órbita de Júpiter y utiliza una pequeña cápsula de exploración para salir de la Discovery y dirigirse hacia él para observarlo de cerca. Pero cuando se acerca, se introduce en un abismo y su pequeña nave se acelera a un ritmo inconcebible. Abrumado por la velocidad y a punto de perder la consciencia por momentos, el astronauta contempla lejanos rincones del cosmos y mundos misteriosos. Su pequeña cápsula ha sido absorbida por el monolito y lanzada a un alucinante viaje a través del universo. El tercer monolito, el que orbitaba en torno a Júpiter, es una puerta para viajar al infinito, como el «agujero de gusano» de *Interstellar*.

Al final de este caótico viaje termina en una habitación futurista y a la vez decimonónica, en la que hay algo extraño. Demasiado artificial. Claramente, está muy lejos de la Tierra, pero quienes la han construido la han preparado para que un ser humano se encuentre en su hábitat, y le proporcionan comida, agua y ropa, pero nunca se dejarán ver. Dave Bowman transcurrirá ahí el resto de su existencia, como en una cómoda prisión, pero siempre solo.

Envejece hasta contemplarse a sí mismo tendido en la cama, viejo y agonizante. Entonces aparece ante él un monolito negro. En ese mismo momento, el Bowman humano desaparece y aparece sobre la cama un embrión. Ya no es un ser humano, sino el primer individuo de una nueva especie, que no está sujeta a la esclavitud del cuerpo físico y que puede viajar a su antojo por el universo. Ese nuevo ser siente curiosidad por la Tierra y se acerca a ella hasta contemplarla con mirada curiosa. Fin.

La rebelión de las máquinas

He de reconocer que presté poca atención al complejo final de *Interstellar,* que, con su artificioso paseo por el tiempo ya me tenía bastante confundido. Además, mi imaginación volaba más cerca del bebé cósmico en el que Dave Bowman se había transformado al final de su odisea en el espacio.

En cualquier caso, ambas películas llaman la atención sobre una realidad —las fabulosas dimensiones y la extraordinaria complejidad del universo en el que vivimos— que obliga a hacerse preguntas incómodas:

- ¿Eso está ahí desde siempre?
- ¿Cuál es su origen?
- ¿De dónde proceden esas leyes tan complejas y sofisticadas de la materia, la energía, la gravedad, la astrofísica?

Porque la ciencia no crea los procesos naturales, sino que, con gran esfuerzo, va descubriendo las reglas mediante las que se organizan y desarrollan.

Interstellar no ofrece ninguna respuesta, pero plantea el problema con bastante claridad desde la situación actual de la física y la astronomía. Por su parte, *2001: una odisea en el espacio* se mueve en una perspectiva más filosófica. En el fondo, su trama principal narra la historia de la evolución de la cultura humana a lo largo de varios millones de años, a la vez que sugiere que esa evolución no es fruto del azar ni del mero esfuerzo de los hombres, sino que está dirigida por algún tipo de inteligencia, cuya naturaleza no se especifica en ningún momento, pero se sirve del monolito negro para conducir los acontecimientos que llevan al hombre a superarse. Junto a esa trama principal, la subtrama centrada en el ordenador HAL 9000 reflexiona sobre el origen y naturaleza de la inteligencia y

la propia identidad. ¿Un ordenador puede tener identidad y sentimientos, puede tener un «alma»?

El origen del mundo en los mitos egipcios y babilónicos

La pregunta acerca de cómo se ha hecho el mundo en el que vivimos es una de las primeras cuestiones que se ha planteado el ser humano, y así lo atestiguan los textos más antiguos. Las respuestas normalmente se formulaban en lenguaje mítico. Entre los no especialistas, la palabra *mito* tiene mala fama: como si fuera algo imaginativo pero radicalmente falso. Sin embargo no es así. *Lenguaje mítico* no quiere decir *lenguaje falso*. Más bien al contrario. Los mitos son expresiones simbólicas de realidades que no se aciertan a expresar en un lenguaje racional, ni se dejan encerrar en las categorías de la historia ordinaria que acaece en el tiempo. Cuando alguien quiere hablar de algo que le supera con mucho, las palabras se le quedan cortas, y el lenguaje corriente chirría al expresar esas realidades. Si esto nos sucede a nosotros, para los pueblos de cultura primitiva, que no tenían un lenguaje técnico adecuado para expresar con precisión cuestiones de astronomía, física, biología e incluso filosofía, la cuestión era todavía más grave.

Pero las gentes de Mesopotamia, Egipto, Fenicia, Siria o Caná no se quedaron mudas ante la grandeza de las fuerzas naturales, ni dejaron de preguntarse cómo habían llegado a la tierra en que vivían, o por qué se consideraban hermanos de unos pueblos vecinos y enemigos de otros que también vivían junto a ellos.

Por ejemplo, en Egipto, donde cada año veían repetirse el «prodigio» de las crecidas del Nilo, encontraron en ese fenómeno inspiración para hablar de los orígenes del mundo. En efecto, cada año, sin que hubiese llovido, el caudal del río comenzaba a subir y subir, hasta salir del cauce e inundar las tierras que estaban en sus orillas. Entonces no sabían que esa crecida se debía a las lluvias y al deshielo de los montes de Kenia, en donde nace, porque nunca habían explorado el Nilo hasta llegar a sus fuentes. Al cabo de unas semanas, las aguas iban menguando, y las tierras que habían

quedado encharcadas, ayudadas por un sol radiante, producían excelentes cosechas.

En el momento de la crecida, con las aguas abundantes y turbias, llenas de barro, ramas y matorrales arrancados, y todo tipo de objetos arrastrados por la corriente, todo era un revoltijo descomunal. Esas aguas, fuertes y violentas, al cabo de unos días se iban serenando, y se iban retirando de nuevo a sus orillas. Así aparecía la tierra seca, donde comenzaban a brotar las plantas, y volvía a ser poblada por los animales.

Por eso, en los mitos egipcios, todo ha nacido de un océano primordial, al que llaman Nun. Así se dice en uno de los textos de las pirámides, fechado entre el 2500 y el 2300 a. C.

Fue engendrado en el Nun
mientras que aún no había cielo,
cuando todavía no existía la tierra
cuando aún no había orden.[1]

En el Nun surgiría un montículo de tierra en medio del agua, a partir del que comenzaría a formarse el mundo y del que nacerían los dioses Ra, Amón, e incluso los faraones, a los que se divinizaba. También se fueron formando a partir del Nun las ciudades, sobre cúmulos de arena que iban emergiendo de las aguas. Es lo que expresa el breve relato del *Papiro 1350* conservado en el museo de Leyden. Procede de Egipto, del siglo XIII a. C.:

Tebas es la norma de todas las ciudades;
el agua y la tierra estaban en ella desde el principio.
Para configurar los campos vino la arena
y sobre la colina para formar el suelo.

De la misma forma que había aparecido Tebas, se pensaba que había surgido el universo, de entre las aguas primordiales.

1. Párrafo 1040 de los textos de las pirámides.

Algo parecido ocurre con el modo en que las gentes de Babilonia se imaginaban el origen del mundo.

Babilonia se encuentra cerca de la desembocadura del Tigris y el Éufrates, dos ríos muy largos y caudalosos que se unen al llegar a su desembocadura en el golfo Pérsico. Esa zona es muy plana, y a ella llegan mansas y caudalosas las aguas de ambos ríos, que con el paso del tiempo han ido formando un gran delta, surcado de canales.

La gente que vivía allí observaba que el barro, las cañas y todo lo que arrastraban las corrientes iba amontonándose al llegar al delta, y así surgían nuevos islotes que se iban reforzando, hasta que al cabo del tiempo se podía cultivar e incluso construir casas sobre ellos.

También el genio creador de estos pueblos plasmó en mitos la explicación de sus orígenes. Al principio todo eran aguas revueltas en el océano, donde se trenzaron las cañas y se embadurnaron con barro hasta ofrecer un apoyo al Esagil, la morada de los grandes dioses: Marduk y Aruru, su compañera. De ellos surgió la semilla de los hombres. Desde allí, Marduk fue poniendo orden en ríos, campos y bosques, poblándolos de animales. La *Epopeya del Gilgamesh* comienza hablando de ese proceso de separación de elementos que fue configurando un mundo habitable:

Cuando el cielo fue separado de la tierra,
cuando la tierra fue separada del cielo,
cuando se determinó el nombre del hombre…

Tanto los mitos babilónicos como los egipcios van narrando los orígenes del mundo a partir de la observación de la naturaleza. Antes de que comience a tomar forma la tierra presuponen un océano primordial, una inmensa masa de agua turbia y confusa, en medio de la oscuridad más absoluta. Todo comienza con unas separaciones que se producen en ese océano primordial, aunque no se explica por qué ni quién las llevó a cabo. Los diversos dioses tienen un cierto protagonismo en estos momentos iniciales, aunque ellos mismos van naciendo y comenzando a existir en los orígenes de ese proceso.

La fascinación de lo natural

Esos relatos tan imaginativos intentan dar respuesta a las preguntas sobre el origen del mundo que el ser humano siempre se ha hecho. Se trata de una experiencia universal, que sigue repitiéndose hoy en cuanto alguien se para a pensar despacio mientras contempla una noche estrellada, goza del correr del agua fresca en rápidos saltos y cascadas en medio de un bosque, o contempla extasiado el romper de las olas marinas sobre las rocas costeras.

Hace años, a finales de los ochenta del siglo pasado, estuve varios veranos estudiando hebreo en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Allí hice muchos y buenos amigos. Uno de ellos, lo llamaremos idealmente Uriel, nos contó en clase lo que le había pasado al terminar sus estudios de medicina. Estaba muy contento porque consiguió su primer trabajo en el hospital de un pueblo pequeño junto a las Montañas Rocosas, y siempre le habían gustado el campo y la naturaleza. El entorno de ese pueblo tenía unas vistas fabulosas. Se instaló allí, pero no conocía a nadie.

Hablando de esos tiempos, recordaba que, en los días largos del verano, terminaba su jornada laboral a media tarde, y después paseaba por el campo para disfrutar del paisaje. Caminaba solo, miraba, gozaba y pensaba. Un día, no sabía por qué, le vino a la cabeza una pregunta: «¿Quién ha diseñado toda esta maravilla?».

La primera respuesta que se le ocurrió es la que había aprendido en la escuela: todo es una acumulación de materia, que tras millones de años de evolución, erosiones, plegamientos y actividad natural produce paisajes caprichosos, algunos bellísimos como aquél.

Pero él mismo se sintió ridículo con esa explicación. No le convencía. Aquello era demasiado hermoso como para ser producto sólo de una acumulación de materia por azar. Miraba y le parecía distinguir en el paisaje la huella de un artista escondido con una sensibilidad exquisita. Pero esa explicación tampoco le satisfacía. La consideraba imaginativa y bonita, pero irreal. No hay nada más que lo que se ve. Así, atormentado por estos pensamientos, y un poco triste, regresó a su casa.

Desde entonces, no podía quitar de su mente un problema que no conseguía resolver, y seguía contemplando cada vez con más admiración la belleza de aquellos valles, ríos, montañas y bosques.

En medio de esas divagaciones que se iban haciendo obsesivas, una nueva idea vino a torturarlo: «Uriel, te han engañado en la Facultad de Medicina. Te han enseñado a contemplar al hombre como

si fuera una gigantesca reacción bioquímica en equilibrio, a la que en ocasiones hay que ayudar con unos productos químicos más o menos complejos para que se recomponga. Pero eso no es verdad».

Y rumiaba las ideas, y se convencía cada vez más: «No es verdad…». «Cada día —pensaba— veo en mi consulta a personas, mujeres y hombres que sufren, que se ríen, que tienen sentimientos, que son capaces de sacar energías para desarrollar los proyectos que los ilusionan. También me han enseñado que eso forma parte de la actividad propia de unos sistemas biológicos complejos, puramente naturales. Pero no me lo creo. Detrás de una mirada llorosa, alegre o enamorada hay mucho más.»

Uriel era un chico normal, que había aprendido en la escuela y en la universidad a contemplar con cierto escepticismo todo lo que no fuera repetible en un laboratorio o comprobable empíricamente, y que sufría al no encontrar respuestas convincentes a cuestiones muy reales.

Mientras daba vueltas y barajaba en su mente diversas respuestas que no le convencían, recordó algo que había escuchado de niño en la sinagoga. Había oído hablar de un ser superior y muy bueno, Dios, que había hecho el mundo y había modelado a su imagen y semejanza una figura de barro de la tierra, había soplado en sus narices y así había dado vida al primer ser humano. Pero se resistía a aceptar que aquello fuera verdad. Aquella narración le parecía tan hermosa como la de Blancanieves, Cenicienta y otros cuentos de hadas que había escuchado en su infancia, y tan irreal como ellos. Sin embargo, ante la contemplación de lo que veían sus ojos, fue llegando a la convicción de que sólo en la Biblia es donde estaba la única respuesta convincente a aquello que lo atormentaba: el universo entero es una obra grandiosa de Dios.

La primera página de la Biblia

El texto bíblico en el que Uriel, a pesar de su resistencia inicial, encontró la única respuesta a sus inquietudes fue el primer capítulo de la Biblia. Dice así:

> *En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era caos y vacío, la tiniebla cubría la faz del abismo y el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas.*
>
> *Dijo Dios:*
>
> *—Haya luz.*

Y hubo luz. Vio Dios que la luz era buena, y separó Dios la luz de la tiniebla. Dios llamó a la luz día, y a la tiniebla llamó noche. Hubo tarde y hubo mañana: día primero.

Dijo Dios:

—Haya un firmamento en medio de las aguas que separe unas aguas de las otras.

Dios hizo el firmamento y separó las aguas de debajo del firmamento de las aguas de encima del firmamento. Y así fue. Dios llamó al firmamento cielo. Hubo tarde y hubo mañana: día segundo.

Dijo Dios:

—Que se reúnan las aguas de debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco.

Y así fue. Llamó Dios a lo seco tierra, y a la reunión de aguas la llamó mares. Y vio Dios que era bueno.

Dijo Dios:

—Produzca la tierra hierba verde, plantas con semilla y árboles frutales sobre la tierra que den fruto según su especie, con semilla dentro. Y así fue. La tierra produjo hierba verde, plantas con semilla según su especie, y árboles que dan fruto con semilla, según su especie. Y vio Dios que era bueno. Hubo tarde y hubo mañana: día tercero.

Dijo Dios:

—Haya lumbreras en el firmamento del cielo para separar el día de la noche, y que sirvan de señales para las estaciones, los días y los años; que haya lumbreras en el firmamento del cielo para alumbrar la tierra.

Y así fue. Dios hizo las dos grandes lumbreras —la lumbrera mayor para regir el día, y la lumbrera menor para regir la noche— y las estrellas. Y Dios las puso en el firmamento de los cielos para alumbrar la tierra, para regir el día y la noche, y para separar la luz de la oscuridad. Y vio Dios que era bueno. Hubo tarde y hubo mañana: día cuarto.

Dijo Dios:

—Que las aguas se llenen de seres vivos, y que vuelen las aves sobre la tierra surcando el firmamento del cielo.

Y Dios creó los grandes cetáceos y todos los seres vivos que serpean y llenan las aguas según su especie, y todas las aves aladas según su especie. Y vio Dios que era bueno. Y los bendijo Dios diciendo:

—Creced, multiplicaos y llenad las aguas de los mares; y que las aves se multipliquen en la tierra.

Hubo tarde y hubo mañana: día quinto.

Dijo Dios:

—Produzca la tierra seres vivos según su especie, ganados, reptiles y animales salvajes según su especie.

Y así fue. Dios hizo los animales salvajes según su especie, los ganados según su especie y todos los reptiles del campo según su especie. Y vio Dios que era bueno.

Dijo Dios:

—Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza. Que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, sobre todos los animales salvajes y todos los reptiles que se mueven por la tierra.

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó.

Y los bendijo Dios, y les dijo:

—Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que reptan por la tierra.

Y dijo Dios:

—He aquí que os he dado todas las plantas portadoras de semilla que hay en toda la superficie de la tierra, y todos los árboles que dan fruto con semilla; esto os servirá de alimento. A todas las fieras, a todas las aves del cielo y a todos los reptiles de la tierra, a todo ser vivo, la hierba verde le servirá de alimento. Y así fue.

Y vio Dios todo lo que había hecho; y he aquí que era muy bueno. Hubo tarde y hubo mañana: día sexto.

Y quedaron concluidos el cielo, la tierra y todo su ornato. Terminó Dios en el día séptimo la obra que había hecho, y descansó en el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó, porque ese día descansó Dios de toda la obra que había realizado en la Creación.

Éstos fueron los orígenes del cielo y de la tierra al ser creados.

Gn 1,1-2,4

El texto bíblico ofrece, con este lenguaje tan sencillo, en parte análogo al de los mitos de Egipto y Mesopotamia y en parte muy distinto, una respuesta a la gran cuestión sobre los orígenes del mundo y del hombre, la misma que ha sido objeto de las investigaciones científicas que han enriquecido nuestros conocimientos sobre la edad y las dimensiones del cosmos, el devenir de las formas vivientes, o la aparición del hombre, y también a la que se pregunta por el sentido de tal origen: ¿procede del azar y está gobernado por un destino ciego, una necesidad anónima, o bien por un ser que

controla y dirige los acontecimientos —lo que en *2001: una odisea en el espacio* simboliza aquel monolito negro—? E incluso más: ¿es bueno?, ¿de dónde viene el mal?

Plantearse estas cuestiones, a las que se les han dado muy diversas respuestas desde la Antigüedad hasta nuestros días, es propio del ser humano que piensa. Algunos filósofos han dicho que todo es Dios, que el mundo es Dios, o que el devenir del mundo es el devenir de Dios (panteísmo). Otros han dicho que el mundo es una emanación necesaria de Dios, que brota de esta fuente y retorna a ella. Otros han afirmado incluso la existencia de dos principios eternos, el bien y el mal, la luz y las tinieblas, en lucha permanente (dualismo, maniqueísmo). Según algunas de estas concepciones, el mundo (al menos el mundo material) sería malo, producto de una caída, y por tanto se ha de rechazar y superar (gnosis). Otros admiten que el mundo ha sido hecho por Dios, pero a la manera de un relojero que, una vez hecho, lo habría abandonado a sí mismo (deísmo). Otros, finalmente, no aceptan ningún origen trascendente del mundo, sino que ven en él el puro juego de una materia que ha existido siempre (materialismo). Todas estas tentativas insatisfactorias dan testimonio de la permanencia y de la universalidad de la cuestión de los orígenes.

En cambio, el texto que acabamos de leer, y que sirve de grandioso pórtico a la Biblia, ofrece una respuesta inspirada a esas grandes cuestiones de las que estamos hablando: ¿el cosmos existe desde siempre?, ¿cuál es su origen?, ¿quién ha establecido las leyes que lo rigen?

La Biblia, de modo muy razonable, afirma que la grandiosa belleza y el complejísimo orden del universo no es resultado de una monumental casualidad, sino de la acción sabia e inmensamente poderosa de un Creador y Señor del universo, el único Dios verdadero. El cosmos no existe como consecuencia del azar ni de un destino ciego, sino que procede de la voluntad libre de Dios, que ha querido hacer participar a las criaturas de su ser, de su sabiduría y de su bondad. Dios ha creado un mundo bueno y ordenado con unas leyes adecuadas para que todo funcione bien: las leyes que la física, la química, la astronomía o la ecología van descubriendo son aspectos parciales de esa ley natural que rige el buen funcionamiento de todo lo creado.